

ROMANO GUARDINI, *Fundamentación de la teoría de la formación. Ensayo de una definición de lo pedagógicamente peculiar.*

Estudio introductorio de Rafael Fayos Febrer.
Traducción de Sergio Sánchez-Migallón,
EUNSA, Pamplona 2021, 91 pp.
ISBN: 978-84-313-3541-0

Estamos ante un texto de Romano Guardini imprescindible para conocer su pensamiento pedagógico. Guardini es uno de los teólogos más leídos y, por tanto, más influyentes antes y después del Concilio Vaticano II. Es precisamente su faceta de teólogo la que a veces ha llevado a empañar su poderosa visión filosófica. ¿Empañar? Bien pensada quizá no sea así, porque si algo reivindica continuamente Guardini con sus escritos, es la continuidad entre la seriedad del pensamiento (filosofía) y el compromiso cristiano (teología). Guardini, cuando habla, habla todo a una: como pensador, maestro y crítico, pero sobre todo como cristiano.

Precisamente el ensayo de Guardini sobre los fundamentos de la pedagogía comienza su primera sección con una reflexión sobre por qué la pedagogía se pregunta por su objeto propio, sus fundamentos, su metodología, etc. Y la razón no sería otra que la pérdida de la unidad del saber: después de la Edad Media, la Modernidad consiste en una progresiva atomización de los saberes que está profundamente relacionada con la autonomía de la que hace gala la Modernidad. Al perder su unidad el edificio del saber e ir progresivamente adquiriendo autonomía, también la pedagogía se pregunta por su objeto propio (p. 53), y no se resigna a ser definida por otras instancias ajenas al propio quehacer pedagógico. Del mismo modo que en el Romanticismo se defendió el arte por el arte, sin dejar que este se viese reducido a algo que no fuera él mismo, así nuestra época buscaría la esfera autónoma de un saber pedagógico desde donde definir su esencia.

La segunda sección del ensayo muestra tres “polaridades constitutivas” que forman parte de la acción formativa. Partimos del hecho de que la vida en general (humana o no) consiste en un hacerse: no está dado de antemano (p. 55). Por un lado, el educando es alguien que tiene que

ser algo distinto de lo que es, pero cuyo ser está al menos implícito en lo que ya es actualmente. Esta es la primera tensión o contraste educativo. Pero, además, el educando tiene que hacerse a sí mismo en cierto sentido, pero solo lo puede hacer entregándose a lo que no es él, hacia los objetos y personas que conforman su vida. Y esta es una segunda tensión o contraste. En tercer lugar, la vida humana se caracteriza por la libertad, que Guardini entiende en términos de autopertenencia (p. 58); pero una libertad que no se entiende al margen de lo inalterable, lo inamovible y necesario que también se da en la vida. Y este sería el tercer contraste (que quizá cabría entenderlo en términos de libertad y obediencia, en palabras del propio Guardini que no están en este ensayo).

Es en este tercer contraste en el que Guardini muestra la integridad de su pensamiento, lejos de las manías y dicotomías modernas que solo entienden de libertad y autonomía olvidándose del polo opuesto que las hace posible: la obediencia y la dependencia. Además, late aquí de modo velado toda la polémica desatada en torno al problema de lo sobrenatural: ¿es posible hablar de un “ser humano natural”, al margen de la obra de la Gracia? La respuesta de Guardini es un no rotundo, de ahí que en sus escritos se pase con tanta facilidad de lo filosófico a lo religioso. La pedagogía de hoy se afana por mostrar su independencia (por ejemplo, respecto de la religión) pero tal independencia es solo una pose. Como dirá abiertamente: “Es una comedia grotesca suponer que Dios existe y a la vez actuar pedagógicamente como si no existiera” (p. 63). Pero esto quiere decir que no se puede hablar de pedagogía en términos puramente “naturales” (p. 64), que son de suyo insuficientes como insuficientes son todos los intentos de describir al hombre en términos puramente naturales sin traicionar su esencia.

La tercera sección del ensayo de Guardini es la más extensa y quizá la más compleja. Hay que reconocer que el estilo de Guardini no es analítico y sistemático (al menos en los términos en los que estamos acostumbrados a pensar estos conceptos), cosa que se convierte en su principal defecto. Comienza el autor diseccionando con agudeza tres grandes concepciones de la educación: para unos tiene que ver con el saber, para otros con el carácter moral, para un tercer grupo el intento de convertir al educando en ejemplar único (sea biológica, sea estéticamente). Pero las tres concepciones son parciales a la vez porque olvidan lo esencial de la educación: “Lo decisivo es que el hombre se desarrolle según una forma; que en toda su esencia manifiesta una forma; y una forma que es la correcta, o sea, la que le corresponde” (p. 68). Hemos llegado con esto al corazón de la pedagogía, a su esencia: el concepto de forma. En este sentido, cabe destacar el profundo aroma fenomenológico que traspira

toda la reflexión guardiniana, siempre en busca de determinar un poco mejor la esencia de las cosas mismas.

La forma es un concepto fundamental: no puede explicarse con base en conceptos más simples, porque él mismo es un concepto ya simple (p. 69). En el mundo inanimado la forma se da de modo automático y necesario; en la forma de vida animal aparece una distinción básica entre dentro y fuera (no reductible a sus componentes fisicoquímicos); y por último en la vida humana aparece una forma de vida propia dominada por la libertad. Así que la forma de vida humana, que está en devenir y está marcada por el concepto de libertad, es el objeto de la pedagogía; en torno a él se juega todo: “La reflexión sobre cuál es la forma del hombre en general, del hombre de hoy, de este grupo, y finalmente, de este individuo que ha de realizar en sí aquella forma; cómo se lleva a cabo esa realización; cuáles son sus fenómenos particulares; qué la fomenta y qué la obstaculiza; qué técnicas favorecen el proceso: en suma, la investigación metódica de todo ello constituye precisamente la pedagogía como ciencia” (p. 73).

Sin embargo, la forma tiene el peligro de anquilosarse. Si solo nos fijamos en la forma, podemos caer en el error de buscar un canon cultural de lo humano, como si solo hubiera una manera de ser humano que coincidiría con una determinada cultura; o peor aún, podríamos pensar que el hombre tiene algo así como una idea predeterminada y cerrada a la cual se debería ajustar nuestras vidas. Pero nada más alejado de la vida humana. Por ello, es necesario que el concepto de forma se vea contrabalanceado por el de movimiento. De un modo un poco más confuso, Guardini argumenta que la idea de forma (en el sentido de las Ideas del mundo hiperuránico platónico) tiene que ser contrarrestada con la opinión de aquellos que piensan que solo hay cosas concretas (parece obvio que Guardini se refiere al nominalismo). Pero si solo nos quedáramos con este segundo momento del movimiento (al que Guardini llama también del “encuentro”), entonces todo se disolvería en el relativismo. Por ello necesitamos de los dos polos de la forma y del movimiento.

Guardini no se detiene aquí: tanto la forma como el movimiento se centran en el sujeto, y si nos quedáramos en ellos, de nuevo tendríamos una visión parcial de la educación. Por ello, nuestro autor desvela un tercer polo que sería el de lo objetivo y el servicio. La educación debe estar volcada hacia el objeto, la educación es la guía correcta hacia el objeto (p. 82). Por ello podría decirse que pedagogía del objeto es una pedagogía al servicio del objeto: y “la pedagogía del servicio nace de la convicción

de que es bueno en sí que las cosas sean, que los valores se realicen, que las obras se creen y persistan” (p. 83).

Si interpretamos bien esta tercera sección, hay tres movimientos en la pedagogía que tienen entre ellos una estructura polar. Guardini habla de una “dialéctica definitiva” entre los conceptos de forma, movimiento y objeto (o servicio) (p. 87). Ahora bien, en ningún caso se trata de una dialéctica hegeliana en la que los conceptos posteriores subsumen a los anteriores conservándolos; en la dialéctica guardiniana del contraste, los polos se mantienen en tensión sin ser superados por ninguna igualadora síntesis. En la vida optamos desde la decisión personal por poner el acento en uno u otro polo, pero no podemos olvidar los demás, so pena de traicionar lo genuino de la acción pedagógica. Y hasta aquí el ensayo de Guardini, traducido diestramente por Sergio Sánchez-Migallón.

Pero el mérito del libro no es solo mostrarnos el pensamiento pedagógico del autor, el ensayo viene precedido por un breve trabajo de presentación general de Guardini, a cargo del profesor Rafael Fayos, buen conocedor de su obra, con un conocimiento que solo puede dar el trato familiar y coloquial prolongado en el tiempo. Así lo demuestra, por ejemplo, la útil y amplia bibliografía actualizada de Guardini en castellano. En su trabajo, el profesor Fayos recuerda brevemente la trayectoria intelectual del autor y presenta brevemente su obra, deteniéndose un poco más en la antología pedagógica de Carlo Mario Fedeli. En un segundo momento se nos presenta la faceta del Guardini educador en tres puntos: su trabajo con jóvenes (*Juventus*, *Quickborn*), la docencia universitaria (las cátedras de Berlín y Munich) y la predicación.

El trabajo del profesor Fayos resume también el trabajo de Guardini, pero hace algo mejor: presenta la categoría fundamental del pensamiento guardiniano que nos permite acceder a todo su pensamiento, el contraste. Y es un acierto porque el ensayo no se detiene a explicar dicha herramienta conceptual, sino que la usa. Así que las posibilidades de comprender el pensamiento de Guardini sin tener en cuenta esta herramienta tienden a cero. El contraste consiste en presentar dos elementos que se excluyen mutuamente, pero se requieren uno al otro necesariamente. Ser y Proyecto; Mismidad y Alteridad; Libertad y Necesidad serían (en nuestras propias palabras) los tres pares iniciales que presenta en la segunda sección ya comentada; mientras que Forma, Movimiento y Objeto serían los tres conceptos polares que nos desvela Guardini en la tercera sección. Oposiciones polares educativas que el profesor Fayos resume en la más fundamental de tener en cuenta la singularidad irrepetible de la persona junto a la naturaleza universal que nos hermana. Por

último, se amplía el pensamiento pedagógico de Guardini remitiéndonos a otras obras como sus clases de ética recogidas en *Ética. Lecciones en la Universidad de Múnich* (BAC, Madrid 2000), donde se nos recuerda que el educador influye en el educando, primero por lo que es, segundo por lo que hace y solo en tercer lugar por lo que dice.

JAIME VILARROIG